# La voz que clama

## Meditación sobre Mc 1,1-4

Jn comienza su Evangelio remontándose a la vida de Dios, y deteniendo su mirada en Jesucristo antes de la Encarnación:

«En el principio existía la Palabra
y la Palabra estaba con Dios,
y la Palabra era Dios.
Ella estaba en el principio con Dios» (Jn 1,1s).

Mc nos presenta a Jesús en el bautismo del Jordán, al comienza su Misión redentora, donde se manifiesta como Mesías e Hijo de Dios. Pero antes cita una profecía que, además de servirle para introducir al Precursor, nos revela rasgos importantes de Jesucristo.

«Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.
Conforme está escrito en Isaías el profeta:

“Mira, envío mi mensajero delante de Ti,
el que ha de preparar tu camino.
Voz del que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas”.

Apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados» (Mc 1,1ss).

Aunque Mc habla del profeta Isaías, realmente la cita es una combinación de Malaquías y del Deutero Isaías.

La cita del libro de Malaquías –el último de los libros Proféticos del Antiguo Testamento– abre el último de los capítulos del libro:

«He aquí que Yo envío a mi mensajero a allanar el camino delante de Mí» (Mal 3,1).

En el Evangelio, el camino de Dios se transforma en el camino de Cristo: en Jesús de Nazaret Dios Hijo viene al mundo. Juan el Bautista, el mensajero de Dios, es el encargado de preparar el camino. Esta profundización del texto de Mal la había introducido el mismo Jesús. Sólo Él puede hacerlo. Sólo Él, la Palabra de Dios encarnada, puede revelarnos plenamente el sentido de las Escrituras. Lo hace con ocasión de una visita de los discípulos del Bautista:

«Cuando éstos se marchaban, se puso Jesús a hablar de Juan a la gente: "¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué salisteis a ver, si no? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten con elegancia están en los palacios de los reyes. Entonces ¿a qué salisteis? ¿A ver un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Éste es de quien está escrito:

'He aquí que Yo envío mi mensajero delante de Ti,
que preparará por delante tu camino'.

En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista"» (Mt 11,7ss).

La cita del libro de Isaías corresponde al comienzo del Libro de la Consolación, atribuído al Segundo Isaías, un profeta anónimo del fin del Destierro de Babilonia:

«Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios—.
Hablad al corazón de Jerusalén
y decidle bien alto
que ya ha cumplido su milicia,
ya ha satisfecho por su culpa,
pues ha recibido de mano de Yahveh
castigo doble por todos sus pecados.

Una voz clama: "En el desierto abrid camino a Yahveh,
trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios.
Que todo valle sea elevado,
y todo monte y cerro rebajado;
vuélvase lo escabroso llano,
y las breñas planicie.

Se revelará la gloria de Yahveh,
y toda criatura a una la verá.
Pues la boca de Yahveh ha hablado”» (Is 40,1ss).

Este oráculo se cumple de modo inimaginable: en Jesucristo, Dios viene a consolar a su pueblo y a liberar al hombre de toda esclavitud, trayéndonos la libertad gloriosa de los hijos de Dios. En la Palabra encarnada se ha revelado la gloria de Dios, y nosotros «hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14b).

El profeta deja deliberadamente en el misterio esa voz que clama. Mc, citando este texto según los LXX («Voz que clama en el desierto»), lo aplica a Juan el Bautista.

El Bautista es la culminación de los Profetas del Antiguo Testamento. Como dirá Jesús, y más que un profeta. Los Profetas han sido los grandes educadores de Israel, los que han hecho de Israel un pueblo de una categoría espiritual única. Con su predicación de la conversión han grabado en la conciencia del Israel fiel dos verdades fundamentales:
.- la verdad sobre el hombre: todos somos pecadores;
.- y la verdad sobre Dios: Dios es un Padre rico en misericordia que está siempre dispuesto a perdonar.
Estas dos verdades explican el Misterio de Jesucristo: Dios Padre, movido por su amor, envía a su Hijo para justificarnos, para hacernos justos ante Él.

«Apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados». Al hombre que no tiene conciencia de pecado la predicación del Bautista no le dice nada: ¿de qué me voy a convertir? Tampoco le dice nada que Dios sea misericordioso: ¿quién tiene necesidad de su perdón? Si ese hombre es religioso, lo único que puede entender es una relación contractual con Dios: Dios me dice lo que tengo que vivir –la Ley– y, a partir de ese momento, ya es cosa mía; cuando llegue el momento, Dios tendrá que cumplir su parte del contrato –se niega toda libertad a Dios–. Ésa es la oración del fariseo de Lc 18,9ss.

La admirable historia de los Profetas llega hasta Juan Bautista. Pero no termina con él, porque a esa historia pertenecemos; y la invitación a la conversión, a preparad el camino del Señor, sigue resonando en la voz de la Iglesia hoy.

La misión de Juan es la misión de los padres cristianos: ellos son los primeros enviados por Dios a sus hijos para anunciarles el Misterio de Jesucristo; ellos son esa "voz", en la que los hijos reconocen sin esfuerzo la voz de Dios, que les invita a enderezar las sendas por las que el Señor quiere llegar a sus corazones. ¡Qué confianza tiene Dios en los padres!